

Un profesional impecable

Alfredo F. Alameda

Cuando abandoné la ciudad el descomunal Cristo del Otero parecía querer desplegar sus enormes brazos sobre el horizonte marchito de aquella tierra castellana; tal vez clamando al cielo un poco de lluvia que aliviara el reseco padecer del campo palentino y ayudase al Carrión a nutrir la red arterial de acequias que oxigenaban los cultivos.

Calor, sudor, y desazón como compañeros de viaje sobre aquellos páramos amarillos aplastados por un cielo blanco e inmisericorde.

Hundí el acelerador violentamente, recalentando el caucho de los neumáticos sobre el ardiente asfalto, para abandonar cuanto antes aquel paisaje infernal.

Sus poderes de seducción iban a servir de poco conmigo. Cuando se me advirtió me sentí ofendido; justamente, creo yo. Los buenos profesionales no nos dejamos engatusar por una cara bonita o un culito respingón. ¡Estaría bueno! Aitana firmaría el documento o se atendería a las consecuencias. Me costaba entender que alguien pudiera haber fracasado en esta misión. El asunto era perspicuo y conveniente, aceptaría de buenas maneras o tendría que hacerlo por las malas, si optaba por esta segunda opción ella era la que más tenía que perder.

El clima artificial del auto seguía sin funcionar, obligándome a mantener abiertas las ventanillas y a soportar por ello el irritante ruido del motor.

Madrid apareció a lo lejos envuelta en un manto gris de esmog. Sumergido en una circulación espesa y hostil circunvalé la ciudad y me fui alejando hasta que toda ella cupo en el espejo retrovisor. Paré a repostar cerca de Andújar y estacioné al cobijo de la sombra que ofrecía el bar de la gasolinera. Dejé las ventanillas abiertas por ver si el fresco de la sombra enfriaba un poco el habitáculo. En la tienda del bar compré una camiseta azul con el logotipo de «Isla Mágica» en el pecho y tras refrescarme en los servicios la cambié por la sudada camisa que traía.

La barra no estaba muy concurrida. Un café solo, una tónica con hielo y un litro de agua fría para el camino. Encendí un cigarrillo y marqué el teléfono que me habían dado. Mientras esperaba contestación entretuve la vista por el surtido de olivas que mostraba una vitrina adosada a la pared.

—¡Dígame!

—Deseo hablar con la señorita Aitana Flores.

—Está bien, hágalo.

—¿Qué? ¿Cómo dice? ¿Es usted Aitana?

—Ya le digo.

—Soy Ignacio Bengoechea, abogado, represento a don Argimiro Paniagua, su esposo, y me encuentro viajando hacia su casa con una misiva urgente —hice una pequeña pausa para conocer su reacción. Silencio. Proseguí—: se trata de un documento que es preciso que usted firme— más silencio al otro lado del hilo—. Quiero advertirla que...

Me interrumpió.

—Le espero impaciente, Ignacio.

—¿Qué?

—Digo que le espero impaciente —su voz, en el más suave de los acentos andaluces, era un caramelo—, incluso anhelante —dijo también.

—Muy bien —acerté a responder— pero... no sé a qué hora llegaré, todavía estoy lejos.

—Aquí estaré esperándole. La hora importa poco si el asunto lo merece, ¿no cree?

—Le advierto que puede ser tarde— insistí.

—Tiene usted una notable inclinación por las advertencias. Pierda cuidado, me considero advertida. Adiós.

Colgó.

El eco azucarado de su voz permaneció un buen rato acariciando mis oídos.

La tarde fue perdiendo luz lentamente mientras el coche devoraba kilómetros de alquitrán. Atrás fueron quedando las incipientes luces de Córdoba, Écija, Carmona... Dejando el resplandor de Sevilla hacia el oeste, tomé la autopista del sur y el aire fue poco a poco destemplándose. La noche avanzaba a cada kilómetro. El motor del auto parecía, en su diferente gemir, agradecer la nueva temperatura.

Grazalema, desde el horizonte lejano, lanzaba su influjo sobre la llanura, inundando la atmósfera con el aroma milenario de sus pinsapos, a punto ya de entrañarse de piñones. La imaginación me regaló una antigua memoria de un bosque de acebuches salpicado de flores blancas entre olivares y sobre el mismo recuerdo, volaron azores y alimoches bajo la ineludible y escrutadora mirada de un águila que acariciaba aires

mayores con majestuoso planear frente a la serena y omnipresente silueta de El Torreón.

Por fin Cádiz. Un pedazo de tierra unido a la península por un suspiro. Una *isla* que se debate entre dos amores: su vocación marinera, a cuyo dictado habría de hacerse a la mar en busca de las Américas; y su ancestral historia, que la mantiene anclada a esa bahía de marismas de caños y esteros, bordeada de pinares cuyas raíces mantienen con firmeza las dunas sobre las que se asientan, y sus copas protegen a la ciudad de esos aires difíciles, de cuya influencia en los gaditanos podría escribirse un libro.

La avenida de Andalucía me llevó hasta la plaza de la Constitución y desde allí empecé la peregrinación para encontrar un lugar donde estacionar el coche. Calles angostas, casi intransitables y de confusa señalización, me maltrataban de uno a otro lado de la ciudad.

Sobre la antigua huerta del convento franciscano, había construido Juan Daura, hacia mil ochocientos, un notable edificio en el que hoy se encuentra el Museo Catedralicio. Allí mismo, bajo la rigurosa presencia de una chapa redonda bicolor que prohibía estacionar, dejé a mi ruidoso pero fiel compañero de viaje. Un breve paseo hasta la dirección que me habían anotado en un pedazo de papel me permitió estirar las piernas.

Era una casa grande de paredes blancas colmadas de pizarra negra. Estaba rodeada por un muro a la tirolesa coronado de aligustre trenzado. Presentaba dos puertas de hierro pintadas de negro. Una ancha para los coches y otra estrecha para peatones. Pulsé el llamador de la puerta pequeña y casi inmediatamente me contestaron:

—¿Quién es?

Desde luego no era Aitana. Era una voz de mujer pero diferente y menos joven.

—Buenas noches, perdone que moleste a estas horas, la señorita Aitana me espera.

—Empuje la puerta y pase.

Sonó una chicharra y la hoja se dejó abatir. La puerta abría un camino de losetas cocidas bordeadas de un murete revestido de cerámica multicolor con farolillos que iluminaban el camino. El resto, fresco y jugoso césped al que unos pitorros estratégicamente situados obsequiaban con vistosas cortinas de agua en ondulante aspersion.

La humedad me produjo un leve estremecimiento y me holgué recordando los insufribles calores a los que el largo viaje y los rigores del paisaje me habían sometido.

Antes de llegar a la puerta principal esta quedó franca y oí como se me invitaba a pasar.

—Sígueme por favor.

Era una mujer de unos cincuenta años, muy hermosa. Lucía un vestido negro ceñido y sobre él un delantal pequeño y blanquísimo bordeado de encaje. Medias negras transparentes con costura posterior —hacía un millón de años que no veía a una mujer con esas medias—, zapato también negro con tacón ancho de media altura. El vestido concluía apenas rebasadas las rodillas. Tenía el cabello negro recogido con un austero moño. Sus ojos eran grandes, oscuros y separados, como los de Sofía Loren, sobre una nariz pequeña y discretamente respingona, como la de Rita Hayworth.

Mientras la seguía hasta una amplia y coquetona sala, en la que me rogó esperase, me resultó imposible apartar la mirada de su culo redondo y bien proporcionado, que parecía agitarse inquieto bajo la tiranía del ceñido vestido, a cada paso que daba.

Estaba un poco desconcertado por el ceremonioso recibimiento, que tanto contrastaba con mi aspecto; mi mal aspecto, quiero decir: los pantalones arrugados por el viaje, los mocasines viejos y polvorientos, sin calcetines, y con aquella ridícula camiseta llena de colorines...

Como si todo ello no fuera suficiente, llevaba colgando de la mano un portafolios de piel marrón, desentonando rigurosamente y culminando una facha estrafalaria.

Desde luego no era la mejor forma de impresionar a la muchacha. ¿Acaso debería impresionarla? ¿Por qué habría de hacerlo? Supongo que me refiero a que, desde el primer momento, ella tendría que comprender que conmigo no podría jugar como había hecho con mis antecesores. Precisamente por eso debería haberla citado para mañana y presentarme debidamente aseado y vestido después de haber pasado por el hotel; pero su voz de caramelo decía que me esperaba... Que me esperaría sin importar la hora. Tal vez fuese mejor así. Tal vez había comprendido que sus maniobras, al fin, resultarían inútiles esta vez. En verdad yo suponía que trataría de darme esquinazo y que tendría que recurrir a requerimiento notarial y todo eso... "Le espero impaciente", había dicho; incluso "anhelante", había dicho también. Muy lista. Se debe creer que con esa dulce voz y su extremada cortesía conseguirá un aplazamiento de la firma. Va

a llevarse una buena sorpresa, puede que mi aspecto sea un poco estrafalario, dadas las circunstancias, pero yo soy un buen profesional, o sea, lo que se dice un profesional impecable.

La sirvienta guapa apareció nuevamente cuando me encontraba admirando un lienzo de buen tamaño en el que aparecía una Inmaculada Concepción. El busto firme y abundante —de la criada— escapaba por ambos lados de la pechera del delantal, bajo el vestido.

—Supongo que será una copia —aventuré.

—No señor.

—¿Tienen ustedes un Murillo original en casa?— pregunté con incredulidad.

—Es de la Escuela Sevillana del dieciocho, desde luego, pero no es de Murillo, sino de Alonso Miguel de Tovar, regalo de una persona muy influyente a la niña Aitana.

Junto a la virgen, una hermosa vitrina con mueble clásico, fabricado con raíz y ornamentado con marquetería fina, exponía algunas reliquias dignas de un museo:

—Eso es una naveta portainciense de plata toledana sobredorada y aquellas hermosas palmatorias, son regalo de la misma persona.

—Parecen muy valiosas.

—Se ve que tiene buen ojo, están forjadas en bronce bruñido, plata y amatistas engarfiadas con esmeraldas, un auténtico tesoro.

—Esa persona influyente...—quise saber— ¿Debe estimar mucho a la señorita Aitana?

—Monseñor ha fallecido ya, pero sí, tenía devoción por la niña.

La expresión de su rostro no disimulaba la tristeza que el fallecimiento le había causado. Continuó dándome detalles prolijos de las piezas que la vitrina exhibía:

—Esa pequeña figura de terracota es un busto de Trajano que, como supongo sabrá, está muy vinculado a la ciudad de Cádiz.

—Desde luego. ¿Otro regalo?

—Efectivamente. Es una pequeña joya salida del taller granadino de los Hermanos García. Nos la regaló un Secretario de Estado que cuando viene desde Madrid, suele visitarnos.

Aquel *nos* no me pasó inadvertido. Después me alabó una cruz de estilo Gótico Florido, del maestro orfebre Fuentemayor, regalo de otro prohombre de la provincia. Fi-

nalmente se volvió hacia mi abandonando ese aire de complicidad con el que durante algunos minutos me había obsequiado y recobrando cierta distancia, dijo:

—No le importará esperar unos minutos ¿verdad? La señorita Aitana se está bañando para recibirle. ¿Puedo servirle un jerez o un refresco mientras tanto?

No daba crédito a lo que acababa de oír. “Se está bañando para recibirme”. ¡Pero bueno! Dicho con la mayor naturalidad del mundo, como quién dice "está atendiendo una llamada telefónica".

No supe que decir, el baño de Aitana y las tetas de aquella mujer habían terminado por aturdirme.

—Un poco de agua fresca estará bien —acerté a susurrar, mientras me dejaba caer en uno de los sillones.

A los pocos minutos reapareció con una bandeja en la que portaba un vaso de agua y dos hermosos melocotones junto a un pequeño cuchillo.

Se inclinó y depositó la bandeja sobre la pequeña mesa de cristal que ocupaba el centro de la sala.

—A mi me gusta comerlos a mordiscos, es mucho más voluptuoso ¿no cree? —dijo para mi sorpresa, mientras se estiraba con elegancia el vestido, recobrando la verticalidad. Luego dio media vuelta, puso el culo a la altura de mi cara y sin decir nada más desapareció tras la puerta lacada en blanco con adornos dorados.

Sentí un ligero cosquilleo bajo la franela del pantalón; a la altura de la bragueta, quiero decir.

Tomé un melocotón y lo hice girar sobre mi mano durante unos momentos antes de hincarle el diente.

Junto a la vitrina, un hermoso mosaico compuesto por ocho azulejos de Delfz, narraba el saqueo de Cádiz por ingleses y holandeses a finales del dieciséis.

Al morder, la boca se me llenó de carne dulce y de agua; tuve que hacer bandeja con la otra mano para recoger el líquido que goteaba por las comisuras. Nunca antes había probado algo tan exquisito. Mordí y mordí con desmesura, saciando mi deseo con aquella carne tierna y húmeda. Depositó el hueso pelado sobre la bandeja, me limpié los labios con la palma y el dorso de la mano mientras trataba de refrenar los impulsos hacia la otra pieza de fruta.

Se abrió nuevamente la puerta. La cincuentona maciza indicó que la siguiera. Subí tras ella al piso superior, bordeando un pasillo abierto a un salón exquisitamente decorado. La chica tenía un alto nivel de vida, en mi cartera estaba la solución de continuidad, no creo que quiera renunciar a todo esto, pensé. Firmará.

Llegamos a un gabinete con espejos. La mujer golpeó delicadamente con los nudillos en la puerta a la que conducía el vestidor y la voz de dulce acento andaluz llegó suave hasta nosotros.

—Necesito tan sólo un minuto.

La sirvienta se volvió hacia mí señalando un banco sin respaldo, estrecho y largo, que remataba los extremos en espiral, tapizado de cretona color turquesa.

—Le dejo en sus manos —me pareció que esbozaba una sonrisa furtiva y breve cuando su cuerpo casi me rozó al abandonar el cuartito, cerrando despaciosamente la puerta tras sí.

Los espejos que cubrían las paredes multiplicaban la luz y arrojaban al infinito una fila interminable de Ignacios.

Pasó el minuto que dijo necesitar y algunos otros. Me senté sobre la blanda cretona y dejé reposar el maletín sobre la moqueta. El espejo me devolvía un rostro cansado con las ojeras más acentuadas que de costumbre. Deseaba acabar de una vez con aquel asunto que, por cierto, estaba resultando sorprendente. Lo razonable hubiera sido recibirme en un despacho o en el salón. La sala de espera habría resultado suficiente, pero... hacerme pasar hasta su habitación... Sencillamente, no me parecía adecuado. En fin, estaba claro que la chica era un poco excéntrica. A mí me daba igual, si firma el papel, como si quiere ser marciana, me dije.

Su melodiosa voz se dejó oír nuevamente:

—Pase Ignacio y gracias por su paciencia.

Entré. La pieza era espaciosa y acogedora. Las paredes estaban pintadas en color salmón fuerte y ribeteadas en el techo con una cornisa de escayola blanca de cuyo interior salía un suave resplandor. A la derecha había una cama grande y cuadrada cubierta con un edredón esponjoso de tono ahuesado. Media docena de cojines del mismo color se alineaban con orden bajo una preciosa reproducción del *Adán y Eva* de Miguel Ángel. Dos mesillas hexagonales de raíz, con cuarterones tallados en cada uno de los seis lados, servían de base a dos lámparas gemelas con pié de alabastro azul y

tulipas del mismo color. El ventanal frente al que me hallaba estaba cubierto por una cortina del mismo tono que el edredón; a mi izquierda había un tocador con frascos, y otros enseres en perfecto orden.

Frente a la cortina, dándome la espalda, había un sillón de estilo clásico con el asiento largo, tipo Cheslong, por el que asomaba una de las piernas de Aitana embutida en una bota alta de charol negro. Avancé un par de metros hasta ponerme a la altura de la cama y pregunte:

—¿Aitana?

Muy despacio el sillón fue girando sobre un eje desconocido hasta quedar frente a mí.

Fue como una aparición.

Me faltaron y me siguen faltando las palabras capaces de explicar el sentimiento que me inundó; ante mis ojos estaba la mujer más hermosa que pueda imaginarse, en la actitud más generosa que un hombre pueda soñar. El fulgor de su piel desnuda iluminaba la estancia.

Ligeramente tumbada sobre el respaldo, agarraba el borde alto del sillón desplegando los brazos como una mariposa dispuesta a iniciar el vuelo. El cabello, de bronce, como los ornamentos del mueble sobre el que reposaba, se deslizaba despreocupadamente por los hombros coronando unas tetas firmes y redondas esculpidas por el cincel de algún dios.

Las piernas en ángulo. Las rodillas —embutidas en el charol de las botas— apuntaban en direcciones opuestas, descubriendo toda su esplendidez femenina con absoluta franqueza.

La luz que irradiaba su cuerpo, su extraordinaria belleza y su actitud dadivosa, me turbaron y sumergieron en un arrebato de éxtasis. El maletín cayó de mis manos y con los ojos de la imaginación percibí como se estrellaba contra el suelo, abriéndose, casi desgajándose, tal y como Aitana me mostraba que podía hacerse, esparciendo los papeles, inútiles ya, por la mullida alfombra de lana.

Permanecí inmóvil y en trance durante un siglo, sin poder apartar la mirada de aquella fascinación. Ella abrió los ojos abandonando un instante el reposo de la cabeza y su voz de almíbar me llegó como agua tibia sobre la piel desnuda.

—Qué importa la hora si el quehacer lo merece. Te esperaba impaciente. Te esperaba anhelante, y así será mientras lo desees. Hasta que tú decidas otra cosa, Ignacio.

Movió las caderas de forma casi imperceptible, como para acomodar la postura, y me pareció que la herida abierta bajo su pubis era carne de un jugoso e inagotable melocotón que merecía ser degustado, según acababa de aprender, de la forma más voluptuosa.

Cádiz, Junio 2006